

La emergencia del sujeto en la reescritura de los textos,

Por María Cecilia Reviglio

Docente Fac. de Ciencia Política y RRH - UNR, Becaria Conicet

SUMARIO:

Este artículo se propone reflexionar sobre la actividad de la lectura en tiempos en que diariamente se anuncia la disminución en la cantidad de lectores, se decreta la muerte del libro impreso y se entronan nuevos dispositivos que garantizarían la participación del sujeto lector en aquello que lee. La perspectiva de Roland Barthes posibilita un acercamiento a la lectura que coloca en el centro al sujeto lector para vincularlo con el placer, la escritura, más allá del formato textual. Desde esta mirada, será posible recorrer algunos tramos de la historia de la lectura en relación con los usos de los libros, las modificaciones que propone el formato hipertextual y la lectura como una actividad eminentemente subjetiva.

DESCRIPTORES:

Lector, lectura, subjetividad, escritura, Nuevas tecnologías

SUMMARY:

This article focuses on the activity of reading in times when the diminishing in the number of readers is daily announced, the death of the printed book is decreed and new devices that would guarantee the participation of the reading subject in what he or she reads are put on a pedestal. The views of Roland Barthes enable an approximation to the reading activity that places the subject in the centre, to link hi-her with the pleasure and the writing beyond the textual format. From this view, it will be possible to travel some stretches of the history of reading in relation with the uses of the books, the changes proposed by the hyper textual format and reading as an eminently subjective activity.

DESCRIBERS:

Reader, reading, subjectivity, writing, New technologies

"Es indiferente el soporte material de la lectura: ¿una página impresa, un microfilm, la pantalla de una computadora, un holograma? En el límite, todos exigen esa capacidad infinitamente difícil: interpretar algo que ha sido escrito por otro. Leer es, siempre, de algún modo, traducir".

Beatriz Sarlo, Instantáneas

INTRODUCCIÓN

Desde hace tiempo la cuestión de la lectura se me presenta como un interrogante, como una luz intermitente que en forma recurrente me exige prestarle atención, volver sobre ella para reflexionar sobre sus exigencias, sus condiciones, sus posibilidades. ¿Cómo abordarla? Se habla insistentemente de la crisis de la lectura, de que cada vez se lee menos, de que no se comprende aquello que se lee. ¿Habrá que buscar las claves de la lectura en los sujetos lectores y con ellos en su deseo, su placer? En este escrito me propongo rastrear desde las concepciones de lectura de Roland Barthes la emergencia del sujeto en la lectura en relación con el placer, con la escritura y con los nuevos formatos electrónicos.

LA LECTURA COMO ACTIVIDAD SUBJETIVA EN LOS ESCRITOS DE ROLAND BARTHES

Es insistente en los trabajos de Roland Barthes la idea de que uno puede escribir, desea escribir porque ha leído. "La lectura es buena conductora del Deseo de escribir"², afirma en su conferencia *Sobre la lectura*. En el mismo sentido, en la sesión del 1 de diciembre de 1979 de su curso *La preparación de la novela* puede leerse: "...Solamente puedo decir que el Deseo de escribir tiene cierto punto de partida, que puedo localizar. Este punto de partida es el placer, el sentimiento de alegría, de júbilo, de plenitud que me da la lectura de algunos *textos* escritos por otros -> *Escribo porque he leído*"³ (subrayado en el original). Es decir, una vez más, pero de un modo particular en esta oportunidad,

encontramos a la lectura y la escritura como actividades de pensamiento vinculadas desde un lugar que no puede más que interpelarnos en nuestra propia subjetividad: el deseo. El vínculo entre lectura y escritura ya no sólo está relacionado con el aprendizaje de la lengua, con los posibles modos de interpretar el mundo, sino con el deseo de escribir. Ese impulso que nos arroja hacia un mundo de creación de algo más o menos nuevo, más o menos viejo (es decir de creación o *recreación*), ese deseo de ser sujetos de la escritura nace de la lectura. Nos convertimos en sujetos escritores a partir de la experiencia de ser sujetos lectores. Y esto no necesariamente supone que los lectores se convierten en escritores al modo moderno del término, es decir, que devienen en autores de textos públicos y circulantes; sino que los lectores en el sentido que Barthes le da a este término, rescribimos en nuestras cabezas cada uno de los textos que leemos y los convertimos en un texto nuevo. Nos detenemos en la lectura cuantas veces queremos (aquí este querer, este deseo de detención no siempre es voluntario, consciente) y agregamos, insertamos allí donde nuestro mecanismo asociativo lo decide, material proveniente de nuestras experiencias: recuerdos, sentimientos, lecturas previas. Intervenimos el texto, en algún sentido.

La lectura es, entonces, una particular forma de relación entre un sujeto (lector) y un texto. El texto es "un espacio de múltiples dimensiones en el que se concuerdan y se contrastan diversas escrituras, ninguna de las cuales es la original: el texto es un tejido de citas provenientes de los mil focos de la cultura"⁴. Aparece aquí, entonces, una idea generativa del texto que se presenta como un trabajo continuo, como un entrelazado perpetuo⁵. Esta concepción rompe la idea del texto como un cuerpo cerrado, inmodificable e impenetrable sin las competencias para desentrañar ciertas claves de lectura que el autor de la obra dejaba allí como instrucciones de uso. La riqueza de un

texto es su posibilidad de ser modificado y reescrito por su lector. Surge entonces una manera de relación con lo textual que Barthes mismo denominara “leer levantando la cabeza”, es decir, detenerse en la lectura continuamente “a causa de una gran afluencia de ideas, de excitaciones, de asociaciones”⁶ provocadas por la lectura. Es más, la lectura es para él un texto, ése, dice, que “escribimos en nuestro propio interior cuando leemos.”

Sin embargo, estas asociaciones no tienen un carácter estrictamente individual y subjetivo. “Toda lectura deriva de formas transindividuales: las asociaciones engendradas por la literalidad del texto nunca son, por más que uno se empeñe, anárquicas; siempre proceden (entresacadas y luego insertadas) de determinados códigos, determinadas lenguas, determinadas listas de estereotipos”⁷. En verdad, en la lectura hay reglas y estas reglas, estos lugares donde detenerse y levantar la cabeza están de algún modo sugeridos, marcados en el texto impreso. La organización del texto en párrafos, la división más o menos arbitraria en capítulos o secuencias, la puesta en página, los subtítulos son todos elementos que aportan indicios, espacios de descanso de la lectura, sugerencias para las pausas. Es posible pensar a la página impresa como un territorio señalado. Sin embargo, ese texto que cada lector escribe al levantar la cabeza (y lo hace, insisto, en lugares que tal vez fueron pensados para ello) es propio, depende de su interioridad, de su sensibilidad, de sus conocimientos, sus preocupaciones y sus deseos. Esto no implica ignorar que la subjetividad está constituida socialmente, que somos sujetos de una época y de una cultura y que por lo tanto, hay un modo de ser social que es más o menos común entre quienes compartimos un tiempo, un espacio, una comunidad. Esas asociaciones, ese texto que escribimos en nuestra cabeza procede, vuelve a recordarnos Barthes, de un sujeto “y no está separada de ese sujeto más que por mediaciones escasas y

tenues, el aprendizaje de las letras, unos cuantos protocolos retóricos, más allá de los cuales, de inmediato, el sujeto se vuelve a encontrar consigo mismo en su estructura propia, individual”⁸. Más allá de esos señuelos colocados en el cuerpo del texto para que el lector los recoja y se detenga en una actividad –irrespetuosa, incluso, con el texto mismo, porque lo detiene, lo fragmenta, lo modifica, lo interpela, tanto o más de lo que interpela el libro al lector- existe en esa tarea una acción si no individual, subjetiva.

HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LOS TEXTOS POR UNA ACTIVIDAD DEL LECTOR.

Barthes ha sido un gran teórico de la lectura. Más allá de su declaración en relación con la imposibilidad de construir una ciencia sobre ella⁹, durante su prolífica e insoslayable obra ha escrito páginas enteras sobre esta actividad desde una perspectiva que coloca al lector en el centro del texto. En su obra *S/Z* postula dos maneras de leer un relato. Por un lado, aquella más relacionada con la ciencia que elabora modelos universales de interpretación de los textos. Está hablando aquí, de los modelos construidos por los estructuralistas. Es decir, un modo de lectura que reduce los textos a una estructura común en la que se pierden sus diferencias. Lo que importa de los textos en esta lectura es lo que tienen en común ya que buscan la equiparación.

Pero por otro lado, contraponen un modo de abordaje desde el cual el texto siempre es una diferencia respecto de otros pero también respecto de sí mismo. Desde esta mirada, la lectura le devolvería a cada texto su juego, su dinamismo, su práctica; es decir, la escritura. Este tipo de lectura estaría vinculada con la práctica de la escritura. El análisis de cada texto apuntaría a hallar lo *escribible* como valor, ya que lo que propone es hacer del lector “un productor del texto”¹⁰.

Aquí aparece entonces, una suerte de primera ti-

pología. Existen textos escribibles y textos legibles. Los últimos son los textos que Barthes llama clásicos, aquellos que pueden ser leídos pero no escritos, aquellos, en definitiva donde todavía autor y lector se encuentran divorciados, “sumergidos en una especie de ocio”. El lector consume estos textos como un producto más. No surge de su lectura ningún deseo productivo. Mientras tanto, el texto escribible es aquel que parte de un modelo productivo, que despierta deseo de escribirlo o de describirlo. “El texto escribible somos *nosotros en el momento de escribir*, antes de que el juego infinito del mundo (el mundo como juego) sea atravesado, cortado, detenido, plastificado, por algún sistema singular que ceda en lo referente a la pluralidad de las entradas, la apertura de las redes, el infinito de los lenguajes.”¹¹ (subrayado y paréntesis en el original). No es un producto, sino una producción, un proceso.

Aquí nos encontramos con una idea de texto que está del lado del lector más que de la producción. Desde este enfoque posestructuralista, el texto deja de ser una estructura para convertirse en una galaxia de significantes, una red con múltiples entradas sin jerarquías. La lectura, entonces, no es una operación metodológica, sino que será una práctica singular, un trabajo de lenguaje. “Leer –nos recuerda el autor- es encontrar sentidos, y encontrar sentidos es designarlos”. El texto es una designación en devenir, un constante insistir, un intento repetido, un pasaje recurrente por la pluralidad de sentidos de un texto.

Sin embargo, en un punto, podemos pensar que más allá de las características propias de cada texto, esta primera clasificación en textos legibles o escribibles depende de una evaluación que propone y realiza el sujeto que lee. Lo escribible o legible de un texto no está en sí mismo, no es parte de su contenido, sino en la actividad del lector que es quien evalúa. Esta actividad evaluadora no es parte de la metodología de la ciencia, no puede serlo, ya que para Barthes la

ciencia no evalúa. Es más, el modo de apreciar, de dar lugar al plural de un texto es precisamente a través de la lectura, de la relectura que multiplica al texto en su diversidad. La lectura, entonces, deja de ser una actividad de consumo para convertirse en el juego del retorno de lo diferente.¹²

Es la emergencia del sujeto en toda su plenitud lo que permite esta nueva clasificación de los textos. En su relación con esa galaxia de significantes, en la interacción con esa red allí disponible, el lector mismo puede construir una clasificación de los textos a partir de su experiencia personal con cada uno de ellos. Los textos no son legibles o escribibles por sí mismos. No es el autor quien les otorga esta característica. Es el lector, es cada lector el que, en definitiva, evalúa cuáles son aquellos textos que le punzan el alma (y tal vez aquí podríamos estar vislumbrando cierto antecedente del concepto de *punctum* que luego desarrollará en *La cámara lúcida*) y aquellos cuyo disfrute –en caso de haberlo- tiene el mismo tiempo que dura la lectura.

EL PLACER DEL TEXTO

El protagonismo del lector nos impulsa a interrogarnos sobre el lugar del placer en la actividad lectora. Barthes sostiene que cuando encontramos placer en una lectura es porque seguramente eso que leemos placenteramente fue escrito con placer. Aunque el placer del escritor no garantiza el del lector, éste último es un indicio del primero.¹³

¿Qué es el placer del texto finalmente? Es una suerte de excitación, de impulso hacia adelante, de ensimismamiento logrado en la relación entre el sujeto que lee y aquello que es leído por él. Podemos situarla como esa excitación erótica que me incita a conocer el fin de la historia, que me impulsa hacia adelante en el texto, buscando, disfrutando de ese empuje para vislumbrar el final. En un texto en el que rememora sus lecturas infantiles, Marcel Proust afirma: “...se disfruta un poco de salir de sí mismo, de viajar cuando se lee”¹⁴. Aquí

encontramos también otro placer: el del movimiento de la mente sin la necesidad de que el cuerpo acompañe en ese viaje. El placer del texto, para Proust es precisamente la posibilidad de viajar a través de las palabras, o, en sentido inverso, también el placer de algunos viajes es precisamente el recordar la lengua leída a través de ellos: "Parte de la alegría que uno experimenta al pasearse por una ciudad como Beaune, que conserva intacto su hospital del siglo XV, con su pozo, su lavadero, su bóveda con armadura artesonada y pintada, su techo con altos aguilonos, agujereado de lucernas coronadas por ligeras espigas de plomo cincelado, uno siente todavía un poco esa felicidad de poder errar en medio de una tragedia de Racine o de un libro de Saint Simon. Es que contienen todas las bellas modalidades abolidas de la lengua y atesoran el recuerdo de usos o maneras de sentir que no existen, huellas persistentes del pasado al que nada del presente se parece y en donde sólo el tiempo, al pasar sobre ellas, ha podido embellecer su color."¹⁵ Aquí, paisaje y texto se funden en una misma operación de evocación vehiculizadora de placer. Viajar a una vieja ciudad, leer un texto antiguo, visitar formas ya olvidadas de las ciudades y las lenguas es para Proust parte del ejercicio del placer.

Barthes, por su parte, confiesa: "Lo que me gusta en un relato no es directamente su contenido ni su estructura, sino más bien las rasgaduras que le impongo a su bella envoltura: corro, salto, levanto la cabeza y vuelvo a sumergirme"¹⁶. Encontramos aquí un sujeto que convierte a ese texto que lee en parte de sus propios devaneos: lo desmenuza, lo interrumpe, lo interviene, va y vuelve sobre él, en él, haciéndolo parte de su cuerpo, volviéndolo su propia carne. "El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo"¹⁷, agrega. Con otras palabras, Proust menciona lo mismo: "La lectura, en contraste con la conversación, consiste para cada uno de noso-

tros en recibir la comunicación de otro pensamiento, pero siempre en soledad, es decir, disfrutando de la potencia intelectual que uno tiene en la tranquilidad —y que la conversación disipa inmediatamente— continuando con el poder de la inspiración, permaneciendo en ese pleno y fecundo trabajo del espíritu sobre sí mismo"¹⁸. El placer, entonces, pareciera ser del sujeto lector. Si bien, como ya lo mencionamos, Barthes recuerda que la lectura placentera deviene de una escritura de placer, el placer de un texto es el placer que le provoca al lector sumergir esa galaxia de significantes en su propio mundo. No es el sujeto quien se interna en un texto, sino es el texto quien, a pedido de su lector, se interna en el universo del sujeto, interpeándolo, enriqueciéndolo, otorgándole un placer sensual y voluptuoso.

Hay un modo particular de lectura que viene de la Edad Media. En este período es posible distinguir tres tipos de lectura: La lectura silenciosa, la lectura en voz baja y la pronunciada en voz alta. De esta clasificación tomada por Jacqueline Hamesse de Armando Petrucci¹⁹, me interesa particularmente la idea de la lectura en voz baja, murmullo o *ruminatio*. Esta última palabra era utilizada para designar la lectura lenta, regular, en profundidad que en general se hacía de la Biblia. La *ruminatio* consiste en rumiar, en masticar lenta y constantemente, detenerse en cada palabra para extraer de ella toda la riqueza de su resonancia, gustándola y paladeándola. Para la lectura bíblica se utilizaba este método que promovía la asimilación de la palabra -tal como los rumiantes asimilan los alimentos que ingieren- no en la cabeza sino en el corazón. Se trata de sumergirse en el texto profundamente para entender lo que dice, aunque no se trata de un entendimiento intelectual, sino sensorial.

Este modo de lectura vinculada a lo religioso en sus orígenes, puede también trasladarse al lector clásico-moderno imaginado por Barthes²⁰: "no devorar, no tragar, sino masticar, desmenuzar minuciosamen-

te"²¹. Es decir, la imagen de un sujeto enfrascado en su actividad lectora, rumiando para sí mismo aquello que está leyendo, o que ha leído, masticando cada palabra y cada idea, no ya para incorporarla tal cual le fue ofrecida, sino para sumergirla en su propia constelación de ideas, hacerla carne, darle forma y sabor a partir de la contaminación con sus ideas anteriores, puede ser considerado un sujeto que practica la *Ruminatio*, que encuentra el placer del texto precisamente en esa actividad de rumiar sobre las palabras que otro escribió pero que a partir de la lectura, le son propias. También podemos vislumbrar aquí algo del orden de la búsqueda de la verdad, tal como en la lectura de las escrituras consideradas sagradas: en este caso no se busca ya una verdad absoluta, sino una verdad subjetiva, la verdad del autor: "Como institución el autor está muerto; ya no ejerce sobre su obra la formidable paternidad. (...) Pero en el texto, de una cierta manera, yo deseo al autor"²² (subrayado en el original).

¿Qué pasa entonces con el deseo de ese autor, ya no como categoría institucional sino en su dimensión de sujeto que escribe? Porque si el placer del lector tiene su origen en el placer o deseo del escritor, en este intento de bucear en las aguas del placer de la lectura también debemos ocuparnos de ello. Para referirse a este deseo Barthes usa el concepto de "tendencia", es decir, un deseo donde el objeto pasa a segundo plano. En el caso del deseo de escritura, ya no se desea escribir algo en particular, sino que la tendencia implica el deseo de escribir. "Como *Tendencia*, *Escribir* coincide fácilmente con la imagen de una Necesidad natural, fisiológica, independiente de la deliberación, de la intención del sujeto"²³ (subrayado en el original). Y más adelante: "El *Escribir* como tendencia quiere decir que los objetos de escritura aparecen, brillan, desaparecen; lo que queda, en el fondo es un campo de fuerzas."²⁴ El sujeto, inmerso en esa tendencia, escribe presa de su propio deseo. ¿Cuál es este deseo? Tal vez la fantasía utópica de una escritura

total, una escritura que sea equivalente al sujeto que escribe. Esta utopía es la imposibilidad que permite que la escritura no tenga fin, que el deseo del escritor esté siempre vivo, siempre en producción. Nunca es posible decirse enteramente, por eso, una obra nunca está completa. Pero no sólo es esta imposibilidad de la escritura total lo que lleva al sujeto escritor ("*écrivain*" en lengua francesa²⁵) a desear escribir continuamente un texto detrás de otro. También para Barthes, es un impulso de supervivencia: "Cuando escribo, al término de mi escritura, el Otro fija objetivamente mi subjetividad, niega mi libertad: me pone en la posición del Muerto."²⁶ El nuevo libro, entonces, el que aún no está escrito es una suerte de revancha, de reivindicación de la subjetividad del escritor consigo mismo: sigue escribiendo porque no puede, no quiere dejar su subjetividad objetivada en el deseo de su lector.

DE LA RUMINATIO A LA LECTURA HIPERTEXTUAL.

En la historia de la lectura, o en una historia de la lectura, es difícil soslayar la presencia de un nuevo tipo de soporte signifiante como las pantallas y en particular, el dispositivo hipertextual como nuevo formato de ordenamiento discursivo. Muchas de las ideas sobre la lectura y la relación entre texto y lector expuestas en este trabajo son utilizadas por George Landow para trazar un recorrido analítico y por momentos propagandístico de la herramienta del Hipertexto²⁷. Por "Hipertexto" se entiende un texto formado por fragmentos de texto conectados por nexos electrónicos, configurado a partir de una lógica de red. Presenta una articulación que podríamos llamar "transtextual", es decir, aquello que pone al texto en relación con otros textos; un despliegue textual discontinuo, fracturado; posiciones dispersas y plurales, multiplicidad de actores discursivos²⁸.

Me interesa retomar aquí particularmente la noción barthesiana de asociación vinculada con el uso que de ella hace Landow para explicar el hipertexto. Lan-

dow afirma que el Hipertexto permite, es más, exige una posición activa del lector frente al material a leer. Y cita, como una fuente para sostener esta afirmación, las ideas de Barthes hasta aquí trabajadas. ¿Pero qué significa en este contexto tener una posición activa frente a la lectura? El hipertexto permite buscar nuevos textos precisamente a partir de los hipervínculos construidos en la pantalla en una exploración tan inacabable como caótica. La pregunta sería entonces, ¿por qué estas mínimas acciones deberían ser consideradas como grandes acciones de un lector antañón pasivo frente a la inmovilidad de un texto impreso? ¿Qué es lo que exige en el formato hipertextual esa actitud proactiva en el lector? ¿Alcanza una nueva tecnología, que, por otro lado, sigue utilizando el alfabeto y la estructura oracional tal como la aprendimos en la escuela con nuestros libros de texto, con renglones y párrafos para transformar a un lector pasivo en uno activo? Porque en verdad, si seguimos a Barthes, el lector puede ser un sujeto activo frente a su texto impreso: asocia, evoca, siente, se conmueve, rescribe, escribe. Recordemos nuevamente que para Barthes, la lectura puede ser un móvil del deseo de escribir. La curiosidad, la inquietud, el deseo de conocer y de saber, ¿pueden ser instalados por una tecnología o es una construcción de cada sujeto en sus experiencias de vida que van más allá o más acá de los libros y las pantallas?

Pareciera haber en Landow una idea sobre la lectura en el formato libro que sólo tiene en cuenta un orden tradicional de la lectura. Pareciera como si el formato impreso estuviera prescribiendo ciertas reglas, ciertas rutinas de lectura propias que obligara al lector a respetarlas. Si rastreamos algunas etapas de la historia de la lectura, podemos encontrar que de hecho existía un modo tradicional de relación con los textos impresos –los libros, fundamentalmente– que coincidiría con las maneras en que Landow plantea esa misma relación. En *La historia de la lectura* dirigida por

Roger Chartier y Guglielmo Cavallo, Armando Petrucci describe las reglas dictadas por el orden de lectura imperante desde la escuela burguesa del siglo XIX, extendidas incluso al siglo XX: “se debe leer sentado manteniendo la espalda recta, con los brazos apoyados en la mesa, con el libro delante, etc.; además, hay que leer con la máxima concentración, sin realizar movimiento ni ruido alguno, sin molestar a los demás y sin ocupar un espacio excesivo; asimismo, se debe leer de un modo ordenado respetando la estructura de las diferentes partes del texto y pasando las páginas cuidadosamente, sin doblar el libro, deteriorarlo ni maltratarlo.”²⁹ Estas reglas impuestas de algún modo por las prácticas didácticas de las pedagogías modernas que indicaban el modo *correcto*, o *adecuado* de leer, se parecen a las que describe Landow. ¿Está sugiriendo Landow, entonces, una idea conservadora de la lectura? ¿Es que supone que el único modo de acceder a un texto impreso es a partir de esta normativa rígida a diferencia del hipertexto cuyas prescripciones de uso parecieran ser flexibles, libertarias, autonomistas?

Es real que los formatos inciden sobre las prácticas. Es decir, la idea de que “el medio es el mensaje” manifiesta por Marshall McLuhan allá por los años ‘80, nos recuerda que cada formato en sí mismo dice algo, que no son sólo medios para transmitir informaciones, sino que forman parte del mensaje mismo. Incluso, podríamos agregar que prescriben ciertos modos de uso de forma más o menos rígida. Sin embargo, no podemos tomar estas afirmaciones como si fueran absolutas. Es cierto que la aparición de nuevos formatos va modificando las prácticas de lectura. Un ejemplo de ello lo encontramos con la aparición del libro de bolsillo, un libro para ser leído al aire libre, que se lleva en los viajes y se lee en los trenes. Podemos situar este proceso en el siglo XIX cuando se comenzaron a editar libros especiales para leer en exteriores. Sumado a esto, en el año 1848, en Londres se abrió el primer quiosco de periódicos para usuarios de trenes

donde rápidamente se comenzaron a vender colecciones pensadas para los viajeros y series de novelas ilustradas³⁰. El nuevo formato de los libros estaba posibilitando un modo nuevo de acceder al mundo de las letras. Sin embargo, ese mismo libro que se llevaba a los viajes y se leía en el jardín, también podía ser leído tal como lo indicaba la convención tradicional: sentado ante una mesa, con la espalda recta, etc, etc, etc. Si este modo tradicional de lectura no se realizaba con el libro de bolsillo, esto se debía a que las prácticas culturales lo prescribían de ese modo, no porque el formato lo prohibiese. El nuevo formato, en ese caso, abría nuevas posibilidades, no nuevas imposiciones. Por otro lado, los modos tradicionales de lectura no eran prescriptos por el formato, sino, tal como lo plantea Petrucci, por la tradición didáctica pedagógica moderna.

En resumen, al libro impreso también se puede acceder por cualquier sitio, sentado en cualquier posición, por medio de una lectura liviana o una lectura profunda, rumiando lo leído o solamente sobrevolándolo, en voz alta o baja, en silencio, fragmentariamente o de principio a fin. El libro impreso, entonces, también puede pensarse como un hipertexto, ese mismo que el lector construye, no ya con lo que le da la herramienta, sino con su propio trabajo.

De todos modos, así como el formato de bolsillo inauguró nuevas posibilidades de uso del objeto libro, es posible intentar algunas consideraciones respecto de la pantalla como objeto soporte del contenido a leer. En primer lugar, debemos utilizar el término “interfaz” para referirnos al modo de relación entre el usuario y las pantallas que usa. Valdetaro la define de este modo: “La interfaz es un *entre-dos*, su función de *cópula* produce el modo de vínculo enunciativo”... “La interfaz se siente como aquello que se produce, siempre de manera aleatoria, en el contacto entre dos magmas, entre dos cuerpos”³¹. Es decir que existe un espacio relacional entre el hombre y la máquina que,

como en toda relación, altera ambas identidades: el hombre y la máquina se modifican, se conmueven, se transforman en la relación del uno con la otra. En este proceso de transformación conjunta, seguramente las prácticas de lecturas se verán también modificadas. Volveremos sobre esto más adelante.

LA CORONACIÓN DEL LECTOR HIPERTEXTUAL: LA LIBERTAD Y LA COMPLETUD COMO PROMESAS.

La herramienta hipertextual ha permitido llevar a su máxima expresión aquello que ya Barthes había postulado como “la muerte del autor”, es decir, la abolición del autor como categoría privilegiada de análisis y estudio: el centro se desplaza desde el autor al lector. El anonimato que supone la red en la que circulan textos de los cuales no se puede probar su procedencia, textos en los que los autores son múltiples y plurales, indefinidos, difusos, pone en jaque o termina de hacerlo, a decir verdad, a la figura del autor. En el mismo sentido, la posibilidad del lector de saltar de un texto a otro, de una pantalla a otra, de abandonar la lectura en cualquier momento e incluso de interrumpir al texto para agregar un comentario u opinión estaría, para Landow, garantizando la primacía del lector. Este actor, literalmente, puede intervenir en el texto y construirlo del modo que desee en base a una utilización particular de los nexos electrónicos que el hipertexto le ofrece. Por aquí parecería estar una de las puntas de esta supuesta democratización que vendría a traer el hipertexto al mundo de la dictadura del autor y el libro impreso.

Claramente el descentramiento del autor está ocurriendo. Sin embargo no queda demasiado claro por qué esta situación acarrearía una realidad más democrática. Landow plantea que esto ocurre porque en este formato más que en cualquier otro, autor y lector se asemejan, sus funciones se vinculan de un modo mucho más intenso que en otros contextos y que esto tendría que ver con las “posibilidades del lector de

elegir su propio camino, de anotar textos escritos por otros y de crear nexos entre documentos propios o ajenos³². Tal vez sea cierto que estas opciones son más accesibles cuando se cuenta con una tecnología que las facilita. Sin embargo, todas esas acciones: elegir por dónde empezar, tomar notas de otros escritos, hacer vínculos o relaciones entre textos (lo que todos conocemos como "intertextualidad"), son capacidades intelectuales de los lectores que el hipertexto no genera, sino que, en el último de los casos, facilita. Pero esas capacidades no son técnicas ni mecánicas, deben estar ya instaladas en quien se acerca a un hipertexto.

Ahora bien, al lector competente, que hace uso de esas facilidades que le ofrece la herramienta informática, se le presenta la ventaja de tener *toda* la información a un "click de distancia", tal como reza una publicidad actual. Nada queda por fuera del hipertexto, es posible acceder a todo desde allí. Lo que no está en su mundo, no existe. Alcanza con buscar, navegar, "click-kear" para que el universo todo se prosterne ante el navegante que pareciera no detenerse nunca en una infinita y voraz búsqueda del todo.

Nos sentimos tentados, entonces, a ponernos a favor de esta maravillosa herramienta que nos promete aquello con lo que tantas personas sueñan: la completud, la posibilidad del conocimiento infinito, la biblioteca de Babel, el laberinto borgeano. Y aunque en este caso, contamos también con la ventaja de que con la práctica, los lectores o los visitantes adquieren la destreza necesaria para moverse en ese laberinto del que, si bien parece imposible salir (¿cómo salirse del todo? ¿a dónde ir si nada existe por fuera?), también buscar una salida resulta ocioso. Por el contrario, en encontrar los modos de toparnos con ello en su búsqueda. Pero esa búsqueda, si no ciega, resulta la mayoría de las veces, frenética. El lector salta, pasa de un lado a otro con impaciencia, con voracidad, sin

poder detenerse nunca. En esa búsqueda imposible, lo posible es que nunca encuentre aquello que buscaba, sino sustitutos provisorios, parciales, que calman temporalmente el frenesí de la búsqueda, para reanudarla más adelante. La totalidad es una ilusión. La completud, felizmente, una utopía.

Esto nos acerca a otra ilusión que pareciera reforzar el Hipertexto: la de la más absoluta y primaria libertad. Sin embargo, algo insiste en preguntarse: ¿De qué tipo de libertad se trata? ¿Dónde queda la capacidad asociativa del lector que simplemente pasa el cursor de su mouse sobre una palabra marcada, indicada que lo lleva a otro bloque de texto (porque de ellos está formado el hipertexto, de bloques individuales aunque conectados, aparentemente)? Pareciera que el hipertexto no sólo indica dónde levantar la cabeza con alguna precisión un poco más ajustada que el texto impreso, sino que también indica qué asociar. Responde a mi necesidad de saber más, repone sentido. Ese mismo sentido que el lector barthesiano construía, producía en su texto lectura, está dado ya de antemano por el hipertexto. Quiero decir, ante la curiosidad por una palabra o expresión señalada, el hipertexto tiene una respuesta para mí. Pareciera entonces que volvemos a confirmar así, la afirmación inicial: Nada queda por fuera del hipertexto. Ni aún, pareciera, mi pensamiento. El hipertexto ya previó una respuesta.

Sin embargo, esto sólo estaría negando cierta condición de libertad que el hipertexto impondría. No indica que este hiperlector sea presa de un mecanismo que limita su libertad. Es decir, no la impide, tampoco la impone. Si estamos en presencia de un lector que habitualmente lee levantando la cabeza y busca en los rincones de su propio recuerdo preguntas y asociaciones, esta práctica estaría garantizada. Este lector tiene una rutina de lectura ya internalizada. El soporte material del texto a leer no podría modificar radicalmente esta práctica. El cuestionamiento aquí es a

esa supuesta libertad propia de este tipo de textos y no del texto impreso, aún cuando Barthes, de quien Landow dice tomar esta idea de libertad, lo hubiera pensado para el libro tal como lo conocemos desde Gutenberg.

El hipertexto es, y no podría ser de otro modo, un camino sugerido, muchos caminos sugeridos, si se quiere. Pero también es válido recordar que el criterio de la cantidad no es necesariamente vecino al de la calidad. Y la lectura de calidad exige un trabajo. Barthes advierte precisamente que el juego de abordar un texto no es un divertimento, sino un trabajo: "Leer es hacer trabajar a nuestro cuerpo siguiendo la llamada de los signos del texto, de todos esos lenguajes que lo atraviesan y que forman una especie de erizada profundidad en cada frase"³³. El lector de Barthes pone el cuerpo en la lectura. Y esto es independiente del soporte. Poner el cuerpo en una lectura no depende del instrumento, sino del deseo y el deseo, en última instancia, depende de la subjetividad.

Landow plantea la condición de libertad que promueve el hipertexto en tanto sus lectores tienen la posibilidad de participar de los mismos haciendo comentarios, apoyando o contradiciendo las interpretaciones originales y agregando estas opiniones al texto mismo.³⁴ Esta sería una de las ventajas diferenciales respecto del libro. El hipertexto se convertiría, entonces, en un texto coral, ampliamente polifónico, plural. Los nuevos lectores contarán entonces no sólo con la posibilidad de agregar sus pareceres sobre el texto, sino también de conocer las opiniones y reflexiones de otros lectores. Indudablemente es esta una diferencia respecto del texto impreso. Los lectores recibimos un texto donde la pluralidad a la que podemos acceder depende de la cualidad dialógica o polifónica de esos enunciados, pero que se nos presenta como un texto cerrado, acabado, definido por ese autor que como un fantasma sobrevuela la lectura que cada uno de los lectores realiza en forma individual y solitaria.

El hipertexto permite acceder a múltiples puntos de vista dispuestos en forma de trama en la cual el principio se presenta inhallable, ya que ha perdido su lugar central.

De todos modos, existen algunas experiencias "impresas" en las que se logró socializar una lectura determinada de un texto. La imprenta ha reproducido y difundido hasta el hartazgo comentarios, interpretaciones, análisis de textos realizados por otros autores. Sin ir más lejos y por mencionar nuevamente a un autor a quien vuelve recurrentemente Landow, Barthes pensaba en estas posibilidades asociativas y de escritura ya desde el texto impreso. De hecho, es lo que hace con *Sarrasine* en su *S/Z*. El libro mismo es la lectura que Barthes hace de *Sarrasine*. Esa posibilidad que según Landow inaugura el Hipertexto ya era posible con el texto impreso. "Interpretar un texto –dice Barthes– no es darle un sentido (más o menos fundado, más o menos libre), sino, por el contrario apreciar el plural del que está hecho"³⁵ (los paréntesis están en el original). Es decir, para que un texto se presente polifónico, plural, inacabado no hace falta más que un lector dispuesto a trabajar en encontrar esa dimensión dentro de un relato. Concebir a un texto en su pluralidad implica aceptar la posibilidad de ingresar al texto desde múltiples entradas. Esto está permitido por una práctica particular de lectura y no por una tecnología de la escritura.

¿PUEDE UN VIAJERO CONVERTIRSE EN LECTOR?

Ahora bien, hagamos por un momento a un lado la cuestión sobre las asociaciones indicadas por el mismo formato, señalada anteriormente. Supongamos que un lector avezado, con la práctica instalada de levantar la cabeza y escribir eso que llamamos el "texto lectura" se aventura sobre o en un hipertexto. ¿Permite el formato del hipertexto un tipo de lectura que dé lugar a las asociaciones? El ritmo de navegación en la red, el ritmo de lectura en el soporte pantalla no

es el mismo que el que facilita el papel. La posibilidad de comprometer el cuerpo en este dispositivo es diferente. ¿Hay posibilidades allí de rumiar la lectura? ¿Puede la lectura en hipertexto permitir el ejercicio de masticar, repetir, desmenuzar el texto que leo?

La relación de los sujetos con las pantallas y espacios virtuales ha sido largamente comparada con la idea del viaje. En un artículo sobre el tema de las redes, Baggiolini toma la noción de *exota* que según él, responde tanto al viajero decimonónico como al navegante de internet, aquel que “sólo puede cultivar la alternancia: apenas acaba de llegar y ya debe prepararse a partir”³⁶. ¿Cuál es el tiempo de reflexión, entonces, en un viaje de este tipo? ¿Cuál es el tiempo para rumiar, para repetir eso leído cuando inmediatamente debe responder al estímulo de la partida? ¿Cuánto puede “escribir” en su cabeza el lector que mientras está visitando un sitio, ya está pensando en su trayecto hacia otro? Baggiolini agrega: “La navegación como un modo de recorrer, transitar el espacio medial o el ciberespacio permite una expansión, e incluso una multiplicación de las perspectivas o miradas subjetivas a que estábamos habituados”³⁷. Cabe preguntarse si esta expansión o multiplicación a la que se hace referencia, profundiza o allana la superficie textual, es decir, si el viaje es largo, extenso o, por el contrario, profundo. Estos recorridos hipertextuales obligan a saltar de un bloque a otro, pasar de una idea a otra que está alojada cerca o lejos de la anterior. Aunque ya no importan las distancias en la red. Si no hay un centro, un punto de anclaje, resulta imposible medir distancias. Lo cercano y lo lejano, así, dejan de tener referencias claras. Y eso suena aún más extraño cuando en verdad estamos utilizando la metáfora de un viaje. Estos recorridos parecieran no permitir una profundización sobre lo que se lee, porque estamos siempre partiendo dentro de la red. El ritmo propio del hipertexto, ¿permitirá detenerse, hacer un alto, internarse —en el sentido de profundidad que connota el

término— hasta los más distantes recovecos de la mente en una búsqueda involuntaria? Es más, quizá ni siquiera se trate de una búsqueda ya que esto referiría a un impulso que va de la conciencia del lector hacia su interior, sino, precisamente, el movimiento contrario. Es decir, que en una especie de evocación proustiana, los recovecos más ocultos y distantes en nuestra mente advengan a nuestra conciencia trayendo consigo recuerdos sensoriales, olores, sonidos, sabores, textos como resultado de cierta irrupción violenta y azarosa que hace el texto sobre nosotros. ¿Es posible lograr esto cualesquiera sean las condiciones? ¿No es preciso un tiempo, un tipo de territorio, una modalidad de relación con el objeto a leer para que el texto pueda interpelar al sujeto de ese modo, y entonces, el lector pueda sumarle ese otro texto que nace en él a partir de la lectura?

REFLEXIONES FINALES

He intentado trazar en este trabajo algunas líneas de pensamiento en relación con cuestiones que me preocupan sobre la actividad de la lectura. Comencé por indagar la obra de Roland Barthes al respecto y rastrear sus ideas acerca de la subjetividad puesta en juego y construida a partir del ejercicio de la lectura, de la capacidad del lector, del deseo del escritor y del placer que ambos actores —lectores y escritores— encontraban en la actividad que habían elegido para ellos. Así, lector y escritor comenzaron a desdibujarse en su imagen fantasmagórica y empezaron a tomar cuerpo de sujetos: territorios deseantes, anclados en un tiempo histórico, una cultura, una industria cultural que fabrica y reproduce formatos y soportes textuales particulares según el grado de desarrollo de la técnica en cada momento de la historia. Estos sujetos comenzaron a percibirse inmersos en las prácticas culturales propias de sus tiempos. Ello me llevó a rastrear algo de la historia de la lectura. ¿Pero es una historia de la lectura, de los lectores, o de los textos? Todas ellas se

entrecruzan y así fue posible imaginar las bibliotecas de los monasterios medievales, las escuelas modernas, las habitaciones privadas, los jardines y, por último, las salas de informática como ámbitos en los que cada lector, según su época, se hacía eco de un modo particular de relación con lo escrito. A medida que avanzaba en mi trabajo, el sujeto lector fue pidiendo cada vez mayor protagonismo y surgió entonces este recorrido que intenta abordar la lectura desde una perspectiva subjetiva: la del sujeto lector y en cierta medida también la del sujeto escritor.

Seguramente este escrito está cruzado por mi dimensión subjetiva de lectora. Mis preguntas e interrogantes en relación con las posibilidades de las lecturas en diferentes formatos son mucho más que preguntas sobre dispositivos o mecanismos técnicos. Es la pregunta por el sujeto, por los modos particulares de configuración de esa subjetividad en tiempos de cambios vertiginosos en los que aparece el fantasma de la muerte de la lectura, o en sentido más estricto, del fin de la posibilidad de ese tipo de lectura más profunda, más rumiada, más pasada al cuerpo.

Resulta imposible abordar el tema de la lectura si no se lo hace en relación con el sujeto que lee. Por ello es seductora la mirada de Beatriz Sarlo cuando la considera una máquina³⁸. Ella habla de la “Máquina de leer” y esta mirada sobre la actividad lectora sugiere al menos dos cuestiones interesantes. Por un lado, la idea de producción. Una máquina es una tecnología que produce algo, es un mecanismo que opera para fabricar algo nuevo, algo que no estaba. Une elementos dispersos y en esa unión los transforma y los convierte en otra cosa. Podríamos aventurar que aquello que una máquina de leer produce, es sentido. Por otro lado, la concepción de máquina supone la presencia de un sujeto que la opere. El mecanismo como tal necesita de un sujeto que la maneje para que funcione. Nada hace la máquina si antes no hubo alguien que la manipuló, le dio indicaciones, la programó. Pensar la

lectura, entonces, como una máquina, exige considerarla en primer lugar como una actividad y en segundo lugar compele tener en cuenta la dimensión del sujeto que la opera, ese lector que se vincula con ella para lograr fines diversos: placer, información, conocimiento, diversión, entendimiento. Sin sujeto no hay lectura. Sin sujeto no hay texto.

Este modo de pensar la lectura facilita la mirada de los nuevos soportes en los que los textos se presentan. Es decir, cuánto favorecen o entorpecen el cumplimiento del objetivo que el lector busca en ese acercamiento con un texto escrito es una de las claves para acercarse a esos formatos. Los formatos, por otro lado, no pueden ser considerados buenos ni malos sino en relación con el fin para el que se los quiere utilizar. Y será el lector quien, finalmente, en una búsqueda personal opte por aquel o aquellos soportes en los que se sienta más cómodo, aquellos que le faciliten el tipo de relación particular que en cada caso necesitará con cada texto.

Por lo pronto, seguirá siendo el sujeto el que elija. El reinado del lector está garantizado, no ya por una herramienta ni por un formato, sino porque es el lector quien opera la máquina y permite que funcione. Y este protagonismo no depende de una herramienta. Es una condición de subjetividad. Y la subjetividad, aunque puede ser moldeada por una tecnología, no depende sólo de ella... todavía... afortunadamente.

NOTAS

1. El presente artículo fue presentado como evaluación del seminario de doctorado “Semiótica y Análisis del Discurso” dictado durante el año 2007 por el Dr. Roberto Retamoso.
2. BARTHES, Roland. “Sobre la lectura” en *El susurro del lenguaje*, Paidós, Barcelona. 1987. p. 47.
3. BARTHES, Roland. *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el College de France: 1978-1979 y 1979-1980*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires. 2005. p. 190.

4. BARTHES, Roland "Escribir la lectura" en *El susurro del lenguaje*. Op. cit. p. 35.
5. Al respecto, ver también las ideas de BARTHES, Roland en *El placer del texto y Lección inaugural*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires. 2003. p. 104.
6. IBIDEM. p. 37..
7. BARTHES, Roland. "Sobre la lectura". Op. cit. p. 49.
8. BARTHES, Roland. "Escribir la lectura". Op. cit. p. 38.
9. Cfr. BARTHES, Roland. "Sobre la lectura". Op. cit. p. 49.
10. BARTHES, Roland. *S/Z*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires. 2004. pp. 1-2.
11. IBIDEM. p. 2.
12. IBIDEM. pp. 11-12.
13. Ver BARTHES, Roland. *El placer del texto y Lección inaugural*. Op. cit. p. 12.
14. PROUST, Marcel. *Sobre la lectura*, Libros del Zorzal, Buenos Aires. 2003. p. 62.
15. IBIDEM. pp. 63-64.
16. BARTHES, Roland. *El placer del texto y Lección inaugural*. Op. cit. p. 22.
17. IBIDEM. p. 29
18. PROUST, Marcel. Op. cit. p. 33.
19. Ver HAMESSE, Jacqueline. "El modelo escolástico de la lectura" en CAVALLLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (Directores) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Editorial Taurus, Madrid. 1998. p. 163.
20. Ver BARTHES, Roland. *La preparación de la novela*. Op. cit. p. 230. Allí, el autor describe lo que él llama el lector "Clásico – moderno" cuyo Yo tiene la característica de ser "incierto, está fraguado".
21. BARTHES, Roland. *El placer del texto*. Op. cit. p. 23.
22. IBIDEM. p. 46.
23. BARTHES, Roland. *La preparación de la novela*. Op. cit. p. 201.
24. IBIDEM. p. 204.
25. Barthes realiza una descripción minuciosa de lo que él llama el "ecrivain" contraponiéndolo con el "ecrivant". Mientras el primero cumple una función con la escritura, el segundo solamente realiza una actividad en la cual la palabra es el medio, no el fin. Al respecto, ver: BARTHES, Roland. "Ecrivains y ecrivants" en *Ensayos Críticos*, Seix Barral, Buenos Aires. 2003. pp. 201-211
26. BARTHES, Roland. *La preparación de la novela*. Op. cit. p. 229.
27. Cfr. LANDOW, George. Hipertexto: *La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, Paidós, Barcelona.1995.
28. Cfr. El planteo de Roberto RETAMOSO en su artículo "La derogación de lo lineal" en *Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Vol. 4*, UNR Editora, Rosario. 1999. p. 66.
29. PETRUCCI, Armando. "Leer por leer: un porvenir para la lectura" en CAVALLLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (Directores) Op. cit. p. 543.
30. Sobre la historia del formato de los libros, ver MANGUEL, Alberto: *Una historia de la lectura*, Emecé Editores, Buenos Aires. 2005. pp. 139-161.
31. VALDETTARO, Sandra. "Notas sobre la diferencia: aproximaciones a la interfaz" en *Dossier de Estudios Semióticos, La Trama de la Comunicación Vol. 12, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Rosario*, UNR Editora, Rosario.2007. pp. 209-224.
32. Cfr. LANDOW, George. Op. cit. p. 95.
33. BARTHES, Roland. "Escribir la lectura". Op. cit. p. 38.
34. LANDOW, George. Op. cit. p. 17.
35. BARTHES, Roland. *S/Z*. Op. cit. p. 3.
36. BAGGIOLINI, Luis. "Sobre las redes, el viaje y las identidades múltiples" en *Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Vol. 4*, UNR Editora, Rosario. 1999. p. 197.
37. IBIDEM. p. 197.
38. Ver SARLO, Beatriz. *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*, Editorial Ariel, Buenos Aires. 1996. pp. 193-195.

Registro Bibliográfico

REVIGLIO, María Cecilia
 "La emergencia del sujeto en la reescritura de los textos" en *La Trama de la Comunicación, Volumen 13, Anuario del Departamento de Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina. UNR Editora, 2008.*